

La experiencia universitaria y las narrativas estudiantiles. Una investigación sobre el tiempo presente¹

Sandra Carli²

Resumen: En este artículo nos proponemos indagar las características que asume la experiencia universitaria de estudiantes de la Universidad de Buenos Aires a principios del siglo XXI. La experiencia universitaria en el tiempo presente se plantea como un objeto de investigación histórica que adquiere relevancia en un escenario de crisis de tradiciones académicas, de reconfiguración social y de nuevo tipo de inserción de las universidades públicas en la Argentina como en el escenario internacional. La reconstrucción de la vida cotidiana universitaria a partir la narración de biografías estudiantiles permite conocer las nuevas dinámicas del proceso cultural que acontece en las instituciones y reconocer elementos y fenómenos que indican elementos de continuidad y discontinuidad con otros ciclos históricos.

Nos interesa explorar los cambios producidos en la Argentina en los procesos intergeneracionales de transmisión de la cultura, en particular en los sectores medios en tanto en ellos ha impactado de modo particular la movilidad social descendente, las transformaciones del sistema educativo y los cambios en la distribución y acceso a los bienes culturales. Los sectores medios, que fueron considerados representativos de un tipo de tejido social caracterizado por la mezcla y el ascenso cultural a través de la educación, son hoy testigos y víctimas del deterioro de pautas identitarias y de horizontes de expectativas, que en un segundo plano impactan sobre la sociedad en su conjunto. La importancia de la educación como canal para el ascenso y la reproducción social, su visión optimista del progreso social y su capacidad de consumo han sido rasgos centrales de la identidad de las clases medias a partir de los años '50³. El empobrecimiento de los sectores medios y la conformación de los llamados “nuevos pobres” en las décadas recientes⁴, sumado a las consecuencias de la debacle final de la década del '90 y de la crisis del 2001, genera interrogantes respecto de las expectativas depositadas en la educación en un escenario de movilidad social descendente.

La universidad pública constituye un espacio en el cual buena parte de estas cuestiones se ponen en juego hoy. Como pieza clave del sistema educativo, entendido como sistema cultural, las universidades públicas se expandieron durante el siglo XX y son, en el presente, depositarias de imaginarios culturales, tradiciones e ideales de distintos ciclos históricos. Reubicadas en un campo de la educación superior que ha dado forma a otras opciones universitarias privadas de elite para los sectores medio-altos⁵, las universidades públicas son un espacio de educación de masas signado notoriamente por el cambio del tejido social del país y muestran la convivencia intergeneracional de disímiles trayectorias sociales, culturales y formativas de profesores y alumnos. El hecho de que la universidad siga siendo productora de

¹ Este artículo resume avances del proyecto de investigación “Los procesos intergeneracionales de transmisión de la cultura en la segunda mitad del siglo XX en la Argentina. Educación y consumos culturales”. Programación UBACYT 2004-2007. Instituto Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales.

² Profesora Titular Regular de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires., investigadora del CONICET y del Instituto Gino Germani.

³ Maristella Svampa. *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*. Buenos Aires, Editorial Biblos, 2001.

⁴ Alberto Minujin y Kessler Gabriel. *La nueva pobreza en la Argentina*. Buenos Aires, Planeta, 1995.

⁵ Se afirma la existencia de “un entramado institucional altamente heterogéneo y diverso en el que coexisten universidades tradicionales y nuevas, públicas y privadas, católicas y seculares, de elite y masivas, profesionalizantes y de investigación”. Marcela Mollis. *La universidad argentina en tránsito*. Buenos Aires, Editorial Fondo de Cultura Económica, 2001, página 46.

expectativas igualitarias⁶ en un escenario social atravesado por mayores desigualdades, la convierte en un problema atractivo para la investigación.

Se hace necesario entonces llevar adelante una lectura histórica del presente de la universidad pública, entendiendo el presente desde aquellas preguntas planteadas por Michel Foucault en su relectura del texto de Kant *Qué es la ilustración*: “¿Qué pasa hoy?, ¿Qué es lo que pasa ahora? y ¿qué es ese “ahora” dentro del cual estamos unos y otros y que define el momento en que yo escribo?”⁷. Interrogar el presente, la actualidad de la experiencia universitaria, supone interrogarnos a nosotros mismos, “a un nosotros que remite a un conjunto cultural característico de su propia actualidad” y a “el campo de las experiencias posibles”⁸.

Entre esas experiencias nos interesa interrogar la experiencia estudiantil, que constituye una ocasión para leer el tiempo presente entendido como “una yuxtaposición o superposición de pasados y de futuros y una conjugación de temporalidades en movimiento cargadas de símbolos, signos y afectos”⁹. La experiencia estudiantil en el tiempo presente está atravesada por temporalidades que corresponden a distintos ciclos históricos y a distintas esferas de la vida social (familiar, generacional, educativa, política, etcétera) que ponen en juego horizontes diversos y contradictorios que se dirimen en buena medida en los procesos y dinámicas individuales y colectivas de la institución universitaria. Las biografías estudiantiles expresan, por otra parte, las tensiones propias de un ciclo histórico marcado por la inestabilidad y la incertidumbre.

Es posible acercarse a la experiencia estudiantil desde una triple perspectiva: la identificación de distintas representaciones históricas sobre los estudiantes universitarios, el análisis de algunos datos sobre la situación estudiantil en el presente y la exploración de historias de vida de estudiantes universitarios. Consideramos que a partir de las narraciones estudiantiles sobre la propia experiencia universitaria se accede a aspectos desconocidos del presente que permiten a la vez desacralizar viejas representaciones y encarnar a los sujetos. Ello implica priorizar la indagación de los modos de apropiación¹⁰ subjetiva de la institución universitaria, de la educación en general y del tiempo histórico. La narración de la experiencia universitaria constituye un modo de problematizar la relación entre educación, historia y subjetividad que habilita la comprensión de las dimensiones heterogéneas de la vida institucional de distintas generaciones. Acceder al relato de la experiencia¹¹ de uno de sus actores paradigmáticos, favorece una aproximación a vida cotidiana, a las formas de la sociabilidad, a la sensibilidad, a los afectos, a los modos de la tradición selectiva, a los procesos de identificación, a los aprendizajes pedagógicos y culturales de los estudiantes, en un contexto caracterizado por fuertes impugnaciones a la eficacia de la universidad pública y a los procesos y modos de la transmisión de la cultura en sentido amplio. Permite acceder, desde otra perspectiva, a un relato sobre las instituciones.

Algunas representaciones históricas sobre el estudiante universitario

Un acercamiento a la experiencia universitaria conlleva abordar las representaciones sobre la misma que están en los diversos estudios sobre el tema. Los estudiantes universitarios,

⁶ Lucas Rubini. *La conformación de un clima cultural. Neoliberalismo y Universidad*. Buenos Aires, Libros del Rojas, 2001, página 12.

⁷ Michel Foucault. *¿Qué es la ilustración?* Madrid, Editorial La Piqueta, 1996, página 68.

⁸ *Ibidem*, páginas 70 y 82.

⁹ Josefina Ludmer. “Temporalidades del presente”, en *Boletín/10*. Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria. Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. Rosario, 2002, página 94.

¹⁰ Tomamos aquí el concepto de apropiación cultural de Roger Chartier: *Sociedad y escritura en la edad moderna. La cultura como apropiación*. México, Instituto Mora, 1995; y Michel De Certeau: *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*. México, Universidad Iberoamericana, 1996.

¹¹ Junto con el concepto de apropiación, el concepto de experiencia (véase entre otros: Giorgio Agamben. *Infancia e historia*. Buenos Aires, Editorial Adriana Hidalgo, 2001) abre posibilidades para una indagación de la dimensión subjetiva de los procesos sociales y culturales.

en particular, han sido construidos como tales en buena parte de las teorías sociales e investigaciones de la segunda mitad del siglo XX, acompañando el fenómeno de expansión de las universidades en el mundo y la indagación de sus dinámicas y procesos específicos.

Con sólo mencionar la producción francesa, desde perspectivas disímiles Bourdieu y Passeron en *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*, en 1964, y Michel De Certau en *La toma de la palabra* (que retoma en la primera parte un texto publicado en Francia en 1968), abordan al estudiante universitario, sea como representativo de una posición de sujeto en la estructura social, sea como voz en un acontecimiento histórico como fue el Mayo de 1968 en tanto revolución simbólica. Bourdieu y Passeron construyeron la figura del “heredero” en aquel texto emblemático de la aplicación de las leyes de la reproducción al análisis del funcionamiento de las instituciones educativas. El estudiante universitario fue analizado en tanto representante de una situación de privilegio social y a la vez como producto de la enseñanza universitaria y como tal depositario de diversos mecanismos de desigualdad social invisibilizados bajo la ideología del don y del mérito. Con el mismo telón de fondo de la universidad francesa de los años ‘60, Michel De Certau explora la dimensión simbólica del acontecimiento del Mayo Francés problematizando el lugar de los estudiantes universitarios como “hijos” de una cultura y emergentes de nuevas configuraciones de la relación entre las generaciones, en la que el debate sobre la idea de autoridad ocupó un lugar preponderante. El estudiante fue pensado como aquel que desde otra “habla” impugna las lenguas instituidas y genera un acción simbólica de alcances impredecibles.

La producción latinoamericana, tanto historiográfica como ensayística, construyó también un conjunto de representaciones sobre el estudiante universitario que recorren el aristocratismo del *Ariel* de Rodó, la tradición del reformismo latinoamericano y la politización de los años ‘70. La obra *Ariel* de José Rodó, publicada en 1900, simboliza el juvenilismo de principios del siglo XX desde el cual se postulaba que cada generación tenía un programa propio a ser realizado históricamente y que el espíritu juvenil se vinculaba esencialmente con la innovación. La figura de la “juventud americana” en el discurso de Rodó se planteaba una recuperación de carácter espiritualista e idealista de la tradición hispanoamericana y una crítica al utilitarismo norteamericano. Desde esta perspectiva la valoración de los jóvenes estudiantes se ligaba a la aspiración de un cambio generacional: “Pienso con Michelet que el verdadero concepto de la educación no abarca la cultura del espíritu de los hijos por la experiencia de los padres, sino también, y con frecuencia más, la del espíritu de los padres por la inspiración innovadora de los hijos” sostiene Rodó¹². Las casas de estudios introducían entonces un elemento aristocrático, un orden jerárquico en sociedades que avanzaban hacia la democracia política, y en ellas los estudiantes, aunque seducidos por los maestros de juventud, eran considerados portadores de autoridad cultural frente a la confusión de las multitudes y de las sociedades inmigratorias.

En la tradición del reformismo latinoamericano, la representación del estudiante universitario está vinculada tanto con el proceso de construcción moderna de las universidades como con los avatares de los procesos políticos en el continente. La “juventud americana” que recoge el legado de Rodó, también es construida en el *Manifiesto Liminar* de 1918 como heroica: “Es desinteresada, pura. No ha tenido tiempo aún de contaminarse. No se equivoca en la elección de sus maestros. Ante los jóvenes no se hace mérito adulando o comprando”¹³. Una juventud que se dirige a los representantes políticos para señalarles los problemas de la institución universitaria, acosada por la crisis de autoridad y el anacronismo de su régimen.

En las diversas fuentes que se ocupan de la situación universitaria en los años ‘60 y ‘70 la experiencia estudiantil se inscribe en la trama compleja de discursos centrados en la relación entre universidad, sociedad y política. Las confrontaciones ideológicas de la época sesgan las representaciones sobre el estudiante universitario: desde el cuestionamiento del origen burgués de los estudiantes reformistas y del rechazo de la cuestión nacional por la izquierda liberal en la

¹² José Enrique Rodó. *Ariel*. Buenos Aires, Losada, 2004, página 20.

¹³ “La Juventud Universitaria de Córdoba a los hombres libres de Sudamérica” (Manifiesto Liminar) en Alberto Ciria y Horacio Sanguinetti. *La Reforma Universitaria/1*. Buenos Aires, Biblioteca Política Argentina, 1987, página 51.

lectura de entonces de Hernández Arregui¹⁴, hasta la reivindicación de la actividad científica de excelencia como parte del proceso de modernización del país en los testimonios de la Facultad de Ciencias Exactas, interrumpido por la intervención de Onganía en 1966¹⁵. Desde la noción de “movimiento estudiantil” como identidad colectiva y representativa, la experiencia estudiantil es reconstruida desde los avatares de agrupaciones, alineamientos políticos, acontecimientos y manifestaciones públicas, quedando borradas y desconocidas otras dimensiones de la experiencia por esa sobredeterminación de lo político propia de la época¹⁶, seguramente recuperables desde la ficción literaria o cinematográfica. Cabe destacar la dimensión regional del fenómeno si tenemos en cuenta los testimonios orales de Elena Poniatowska en *La noche de Tlatelolco*, de 1971, que insisten en esta idea de entrada a un locus que era el “movimiento estudiantil”.

La experiencia estudiantil queda asociada en estas representaciones de los años ‘60 y ‘70 al cambio cultural, a los movimientos políticos y las luchas generacionales¹⁷. El estudiante comprometido o militante es la figura de la época, y tópicos como la solidaridad obrera-estudiantil se inscriben en el discurso epocal. Las lecturas de la historia política trazan entonces genealogías que muchas veces opacan otras lecturas posibles, no por ello confrontadas, sea aquellas que han recuperado una historia intelectual de la universidad¹⁸, como otras que intenten una historia cultural.

Podemos identificar en estas representaciones sobre los estudiantes universitarios de distintos períodos de la historia del siglo XX la estrecha vinculación con los sectores medios¹⁹, la participación política y la confrontación generacional. El ciclo histórico que se inicia con la dictadura militar hasta la actualidad requiere desmontar el carácter totalizador de aquellas representaciones que, sin embargo, persisten como signos de identidad para sectores de la población estudiantil pero hibridadas por fenómenos tan contundentes como el genocidio cultural de la dictadura, la destrucción de la clase media, la desindustrialización del país (y por tanto la desaparición de las masas obreras) y las transformaciones de la cultura política ante la crisis de las ideologías y el escenario de la globalización y la transnacionalización de las economías. En las últimas décadas del siglo XX la experiencia estudiantil se ve atravesada por una mayor heterogeneidad y fragmentación. Pero a su vez en un contexto en el que “la universidad latinoamericana se transformó en una universidad de masas” y solo en la Argentina se pasó en 1980 de 80.000 estudiantes a más de 800.000²⁰, aumentó su debilidad institucional si tenemos en cuenta que en el caso argentino el aumento de la matrícula no fue acompañado por

¹⁴ Véase Juan José Hernández Arregui. *La formación de la conciencia nacional*. Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1973.

¹⁵ Véase *La noche de los bastones largos. 30 años después*. Buenos Aires, Biblioteca Página/12, 1996.

¹⁶ Como ha destacado Pedro Krotsch el movimiento estudiantil tuvo un carácter epocal y la bibliografía sobre el mismo “fue producida al calor de los acontecimientos y desde la perspectiva del ensayo, desde la reflexión en la coyuntura, desde una perspectiva en la que prima la política”, en “Los universitarios como actores de reformas en América Latina: ¿han muerto los movimientos estudiantiles?”. *Espacios en Blanco. Revista de Educación*. Serie Indagaciones. NEES-UNCPBA-Tandil-Argentina. Junio 2002, página 21.

¹⁷ La muerte de estudiantes por la represión policial es un acontecimiento central de los años ‘60, si recordamos los casos de Daniel Horacio Grinbank, Santiago Pampillon, Juan José Cabral Cabral, Luis Blanco, Hilda Guerrero de Molina. Lo que interesa destacar es que “matar a un estudiante” representaba antes de la dictadura militar un hecho repudiable socialmente.

¹⁸ Véase los textos ya clásicos de Silvia Sigal. *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Editorial Puntosur, 1991; y de Oscar Terán. *Nuestros años sesenta*. Buenos Aires. Editorial Puntosur, 1991.

¹⁹ Gino Germani señaló en los años sesenta que la tasa de estudiantes universitarios estaba ligada en la Argentina sobre todo al alto nivel de aspiraciones de la población y en particular de la clase media, y no tanto a los indicadores de desarrollo como ocurría en otros países. Véase Gino Germani. “El origen social de los estudiantes y la regularidad de sus estudios”. Trabajos e Investigaciones del Instituto de Sociología. Colección Estructura. Instituto de Sociología. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires, página 15.

²⁰ Juan Carlos Portantiero. “El sentido de la universidad pública” en Naishtat, Raggio y Villavicencio. *Filosofías de la universidad y conflicto de racionalidades*. Buenos Aires, Editorial Colihue, 2001, página 85.

el crecimiento de los aportes estatales²¹ y quedó inconcluso, de modo emblemático en la Universidad de Buenos Aires, el proceso de modernización universitaria planteado en los años '60.

De la condición del estudiante a la situación universitaria: el caso de los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires

Una mirada retrospectiva reclama despojar las representaciones del pasado de su mística epocal, una mirada del presente requiere interrogar las nuevas configuraciones de la experiencia estudiantil, dejando en suspenso cierta fantasmática que la ciñe a lo político. Ello no implica negar el papel del pasado en la construcción de filiaciones políticas en el tiempo largo, pero nos interesa una nueva comprensión histórica del presente en tanto también muestra la crisis de ciertas formas y creencias políticas.

Interesa, en otro sentido, indagar el proceso de construcción social e histórica del estudiante universitario más que “la condición del estudiante”, de tal manera de poder construir una visión de la experiencia estudiantil en la Argentina y en particular del estudiante de la Universidad de Buenos Aires. Si la “condición de estudiante” definida por Bourdieu y Passeron partía de adjudicar al estudiante un lugar de relativa autonomía, de tiempo suspendido, de combinación de hábitos culturales y disposiciones heredadas²², interrogar la situación²³ del estudiante universitario argentino supone poner en cuestión los elementos estructurantes de esa “condición” y leer *en su experiencia* la compleja trama de transformaciones que lo han constituido, tanto en su calidad de destinatario de la enseñanza universitaria como de producto de ella. Implica en un primer paso identificar en esa experiencia el impacto de las profundas transformaciones de la sociedad argentina y de sus instituciones en las décadas recientes y en un segundo paso identificar los diversos y contradictorios imaginarios que coexisten en la universidad y que impregnan las identidades estudiantiles, y seguramente también las de los profesores universitarios.

Los datos que siguen nos muestran una configuración del estudiante universitario tipo que dista de ciertas representaciones sobre el mismo que instituyen los discursos institucionales, profesoriales o políticos. Buena parte de las señas de identidad del estudiante universitario argentino se han erosionado ante los datos que marcan el descenso social, la condición de trabajador tiempo completo y el desinterés por la política.

Según datos del año 2004 el sistema universitario argentino cuenta con 100 instituciones universitarias, de las cuales 45 son estatales y 55 son privadas.

Teniendo en cuenta los Anuarios de Estadísticas Universitarias del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología²⁴ en la última década la cantidad de estudiantes universitarios se duplicó, mientras en 1993 se contaba con 674.878 estudiantes, en el año 2003 se alcanzó la cifra de 1.493.556 estudiantes en todo el sistema, abriendo crecido el 89 %. En el año 2004 la cifra total fue de 1.527.310 estudiantes. Mientras en el año 2003 el 85,6 % de los estudiantes universitarios del país asistían a universidades públicas, en el año 2004, la cifra no había variado, 84,9 %: las universidades nacionales tenían en el año 2004 un total de 1.273.156 alumnos.

²¹ Cristian Buchbinder sostiene que “el costo del crecimiento de la matrícula impulsado por el ingreso irrestricto fue compensado principalmente por los docentes y empleados administrativos, cuyos salarios disminuyeron de manera constante”. En *Historia de las Universidades Argentinas*. Buenos Aires, Sudamericana, 2005, página 218.

²² “La condición de estudiante permite borrar los marcos temporales de la vida social o invertir su orden” En Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron. *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, páginas 50.

²³ El concepto de “situación” se plantea aquí como fértil para leer los modos de existencia de los sujetos en un contexto de crisis de fundamentos de las instituciones.

²⁴ *Anuario de Estadísticas Universitarias 1999-2003* y *Anuario de Estadísticas Universitarias 2000-2004*, elaborado por el Departamento de Investigación e Información Estadística de la Secretaría de Políticas Universitarias.

Si bien el crecimiento de la cantidad de estudiantes universitarios y de la matrícula estatal es notorio, los anuarios destacaron también la magnitud del abandono de los estudios, al señalar que en el primer año abandona casi la mitad de los estudiantes inscriptos, y la baja tasa de graduación, al señalar que del total que ingresa solo se gradúa el 20 %, siendo la duración de la carrera un 60 % más larga de lo que establecen los planes de estudios²⁵.

Los Anuarios destacan también la cuestión de género, mientras en el año 2003 el 56,2 % de los estudiantes en las universidades estatales son mujeres, en el año 2004 subió al 56,9 %.

Una mirada comparada de los Censos de Estudiantes de la Universidad de Buenos Aires, destaca que la tasa de crecimiento de la matrícula sigue en expansión. El año 2000 marcó el salto más importante, para entonces la cantidad de estudiantes de carreras de grado había crecido un 38,1 % respecto de 1996, alcanzando un total de 253.260 alumnos. Se trataba del aumento más importante desde los años '80 cuando la explosión de la matrícula se explicaba por la apertura democrática y el derrumbe de las restricciones del ingreso. En el año 2004, si bien se registra cierto desaceleramiento, la Universidad de Buenos Aires contaba con un total de 294.038 estudiantes, o sea un 16% más que en el año 2000.

Complementario con el dato nacional sobre el alargamiento de los estudios universitarios, el Censo de la UBA del año 2004 señaló el crecimiento del promedio de edad de los estudiantes y que la llamada edad teórica de asistencia era de 25 años, teniendo hasta 25 años el 69,1 % de los estudiantes en la que pesaban los datos del CBC por el predominio de menores de 20. El estudiante promedio era entonces mujer, soltera, tiene hasta 25 años y trabaja, reside en la Ciudad de Buenos Aires y procede de un secundario privado. A su vez cabe destacar el dato que señala que el 55 % de los estudiantes universitarios son mujeres, coherente con los datos nacionales.

El Censo del 2004 mostró también que los estudiantes se financiaban en un porcentaje similar con rentas propias o laborales y con aportes familiares. El cambio en la procedencia social de los estudiantes ya se había destacado en el Censo de estudiantes del año 2000 que marcó que el sector social que iba a la universidad tendía a desplazarse hacia la clase media baja. Complementario con el dato anterior, el Censo destacó el alto porcentaje de los estudiantes que trabajan, seis de cada diez estudiantes o sea el 58,1 % de los estudiantes, habiendo aumentado los que trabajan tiempo completo (entre 26 y 45 horas semanales) y disminuido los que trabajan tiempo parcial, concluyendo que casi el 60,0 % de la población estudiantil de la Universidad podría ser considerado como estudiante de tiempo parcial.

El estudiante tipo de la Universidad de Buenos Aires entonces, teniendo en cuenta el último censo, es un estudiante de tiempo parcial, trabajador, que recurre al apoyo familiar, de mediana edad, e hijo de una generación que en un alto porcentaje alcanzó estudios superiores. Distintos especialistas coinciden en destacar que los estudiantes que acceden a la educación superior muestran indicadores socioeconómicos más bajos que en los últimos veinte años y que el perfil socioeconómico de los estudiantes está en transición. En este sentido se señala que en la Argentina seis de cada diez jóvenes que ingresan en la universidad proceden de sectores medios y altos y que el 78 % de los que se gradúan pertenecen a estos sectores, lo cual indica el peso de la condición social en un contexto general de empobrecimiento en el que se dificulta la terminación de los estudios²⁶.

Si a este dato lo leemos conjuntamente con los datos de pobreza que plantean que el 40,2 % de la población se encuentra bajo la línea de la pobreza y con otros que destacan el aumento de la pobreza juvenil, podemos hipotetizar que en la universidad pública se ha producido la combinación del aumento de la pobreza de los estudiantes, el abandono temprano

²⁵ Analizando los datos del Censo de la UBA de 1958 se alertó entonces sobre este fenómeno. "Uno de los problemas más serios que debe enfrentar la Universidad en la Argentina es el de la elevada proporción de abandonos u de estudiantes que no cumplen con regularidad sus estudios, y que emplean –cuando los terminan– períodos muchos más largos que el previsto en los respectivos planes de estudio". Gino Germani. "El origen social de los estudiantes y la regularidad de sus estudios". Trabajos e Investigaciones del Instituto de Sociología. Colección Estructura. Instituto de Sociología. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires, página 9.

²⁶ Sistema de Información de Tendencias Educativas en América Latina (SITEAL) de la UNESCO. Argentina compartiría con Bolivia altos niveles de acceso y de abandono al mismo tiempo.

de los estudios y la prolongación de los estudios. El ingreso irrestricto como gran tradición democratizadora de las universidades públicas que marca lo que algunos autores denominaron como “tradición plebeya” al recibir jóvenes de distintos sectores sociales (aun reconociendo los límites de este proceso)²⁷, tendría finalmente un proceso no democratizador teniendo en cuenta que la mitad de los estudiantes no estarían en condiciones de permanecer y terminar los estudios. Fenómenos como el hambre de estudiantes universitarios en las crónicas de los años 2001 y 2002²⁸, la temprana salida de los jóvenes universitarios al mundo del trabajo por pérdida de ingresos de los padres o la prolongación de la permanencia de los estudiantes en el hogar familiar por cuestiones de orden económico, revelan el peso de las transformaciones económicas de la sociedad argentina en la situación de los estudiantes.

Podemos suponer que esta situación social deja marcas contradictorias en la relación de los estudiantes con la política, teniendo en cuenta lo que destacan estudios recientes: el impacto crítico de la crisis de representación política sobre los estudiantes²⁹ y el carácter fragmentado, esporádico y coyuntural de la participación política estudiantil³⁰. La estrecha asociación entre estudiantes y política que primó como clave de lectura de la historia del movimiento estudiantil, a partir del plus de politicidad que se reconoce en la historia universitaria latinoamericana en particular³¹, deben ser revisados en tanto la complejidad del sostenimiento de la actividad universitaria y la propia situación institucional a la vez que reclama más participación política la torna difícil de llevar adelante. Justifica a su vez avanzar en la comprensión de la vida cotidiana estudiantil.

La situación del estudiante está atravesada por la notoria discontinuidad e inestabilidad socioeconómica y política de los últimos décadas de la Argentina y por el escenario de la globalización que ha generado un especial impacto en el aumento del desempleo y en la reconfiguración del mundo profesional. Si tenemos en cuenta que según el Anuario citado entre 1999 y 2003 las carreras que más crecieron en Humanidades en el país fueron Artes, Educación, Filosofía, Historia, Letras y Psicología (10,3 %) y en Sociales: Derecho, Economía, Política y Psicología un 4,3 % y que según el Censo de la UBA la facultad que más creció en términos relativos fue la Facultad de Ciencias Sociales, un 51,6 % más que el censo del 2000; siendo la segunda tasa de crecimiento la de Ingeniería y registrándose en Filosofía y Letras también un aumento del 33,8 %, el crecimiento del interés por carreras de humanidades y ciencias sociales parece expresar no sólo la mayor valoración científica de estos campos de conocimiento, sino también la particular combinación entre la desestructuración del modelo productivo, los horizontes de desempleo en ciencias básicas durante los años ‘90 y la mayor libertad para las elecciones vocacionales ante el generalizado escenario de incertidumbre.

Los datos destacados hasta ahora, recuperados de diverso tipo de fuentes y estudios, nos devuelven otra visión del estudiante universitario. Una visión que pone en cuestión las fronteras (de edad, sociales, etcétera) que lo constituyeron como categoría social en otros períodos históricos, que lo diferenciaron de otras categorías sociales (trabajadores, por ejemplo) y que lo congelaron en su protagonismo político.

Narrar la experiencia estudiantil

²⁷ Gino Germani señalaba, en el mismo informe de 1962, la amplia base social de reclutamiento de la universidad argentina. En Mario Toer. *El perfil de los estudiantes de la UNA. El trabajo, la política, la religión, los medios*. Buenos Aires, Eudeba, 1998. Se señala para mediados de los años ‘90 la misma tendencia.

²⁸ Situación relevada por encuestas y estudios realizados en los últimos años en distintas universidades nacionales (Universidad Nacional del Comahue, Centro Universitario Regional de Bariloche, Universidad del Litoral, etcétera).

²⁹ Véase Francisco Naisthat y Mario Toer. *Democracia y representación en la Universidad. El caso de la Universidad de Buenos Aires desde la visión de sus protagonistas*. Buenos Aires, Editorial Biblos, 2006.

³⁰ Celia Cortés y Victoria Kandel. “Estudiantes y política”, en revista *Fundamentos en Humanidades*, año IV n°2/3. Universidad de San Luis, San Luis, 2003.

³¹ Naisthat, Raggio y Villavicencio. “La universidad hoy: crisis de esa ‘buena idea’”. En *Filosofías de la universidad y conflicto de racionalidades*. Buenos Aires, Editorial Colihue, 2001, página 27.

Una exploración de la experiencia universitaria en el tiempo presente desde la perspectiva de los estudiantes supone abordar las identidades en proceso y no como resultantes de posiciones invariantes, fijas y estables en las instituciones. Las identidades se constituyen en la representación y surgen del proceso de narrativización del yo y en este sentido “debemos considerarlas producidas en ámbitos históricos e institucionales específicos en el interior de formaciones y prácticas discursivas específicas, mediante estrategias enunciativas específicas”³². Ello implica poner en juego una perspectiva de destotalización de las identidades, que discuta con ciertas caracterizaciones generales de los sujetos y de las instituciones educativas que forman parte de los discursos político-universitarios, sin desconocer por ello que todo discurso político parte de una perspectiva totalizadora con componentes retóricos.

Por otra parte, la crisis de ciertas identidades cristalizadas en el discurso institucional (estudiante-profesor-académico-universidad pública) –en tanto nombran experiencias cada vez más heterogéneas y disímiles respecto de experiencias del pasado– reclama un espacio de interrogación del tiempo presente en el que el investigador propicie una enunciación, una puesta en relato, una reflexión de orden subjetivo sobre la experiencia individual y colectiva. Ese relato debería poner en juego la dimensión de lo biográfico y de lo autobiográfico³³ de la vida universitaria y reconocer su naturaleza ficcional³⁴ admitiendo el conjunto de expectativas, ideales e ideologías que es consustancial a la misma.

Una historia del presente toma forma a partir de las narraciones de la experiencia estudiantil, en las que es posible identificar las marcas del pasado y su reinterpretación actual, la combinación entre la permanencia de viejos dispositivos institucionales y la emergencia de situaciones, la generación de diferencias en la cadena generacional que liga a profesores y estudiantes y de formas nuevas de significación y apropiación de los bienes culturales (de las instituciones y de generaciones anteriores), etcétera. Esa narración conduce invariablemente a construir otra mirada sobre lo conocido, en este caso la institución universitaria. Fernand Braudel ha señalado en este sentido que “la sorpresa, la desorientación, el alejamiento y la perspectiva –insustituibles métodos de conocimiento todos ellos– son igualmente necesarios para comprender aquello que nos rodea tan de cerca que es difícil vislumbrarlo con claridad”³⁵.

¿Cómo se narra la experiencia estudiantil? Señalaremos aquí algunas interpretaciones sobre el material relevado en entrevistas realizadas a grupos de estudiantes próximos a recibirse de distintas carreras de la Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Debemos señalar que estas facultades han sufrido la ampliación de sus matrículas, el congelamiento de sus presupuestos y una fuerte reconfiguración de sus campos de conocimiento en las últimas décadas. Los tópicos trabajados en las entrevistas atendieron a la reconstrucción de un ciclo formativo y propiciaron tanto formas de rememoración como una reflexividad global sobre la experiencia universitaria.

I) El ingreso a la universidad, que en el caso de la Universidad de Buenos Aires supone el cursado del Ciclo Básico Común, se plantea como un verdadero ritual de iniciación. Se ingresa no sólo a un mundo desconocido sino a un mundo cuyas reglas no son claras o se percibe que no existe una comunicación adecuada de esas reglas o que no hay intención activa de comunicación institucional. La percepción de la ausencia, falta o precariedad de la organización parece exceder la dimensión desconocida que toda institución es para un recién llegado. Los estudiantes recuerdan el desarrollo de estrategias y de colaboración entre pares para

³² Stuart Hall. “¿Quién necesita ‘identidad’?”, en Stuart Hall y Paul du Gay (comp.). *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2003, página 18.

³³ Leonor Arfuch. *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires, Editorial Fondo de Cultura Económica, 2002.

³⁴ “(las identidades) surgen de la narrativización del yo, pero la naturaleza necesariamente ficcional de este proceso no socava en modo alguno su efectividad discursiva, material o política, aun cuando la pertenencia, la ‘sutura en el relato’ a través de la cual surgen las identidades resida, en gran parte en lo imaginario (así como en lo simbólico) y, por lo tanto, siempre se construya en parte en la fantasía o al menos, dentro de un campo fantasmático”. En Stuart Hall. *Op cit.*, página 18.

³⁵ Fernand Braudel. *La historia y las ciencias sociales*. Madrid, Alianza Editorial, 1999, página 80.

moverse y adaptarse a ese mundo percibido como hostil en la que pesan competencias adquiridas en las instituciones secundarias, en particular el “entrenamiento en instituciones públicas”, más libradas a la adaptación individual que a la direccionalidad institucional. Los estudiantes como recién llegados no son recibidos por la institución.

También ese primer año se percibe como portador de una lógica pública, diferente de la lógica de la institución privada de la que procedían la mayor parte de los entrevistados³⁶. La lógica pública estaría en el hecho de que la universidad reúne estudiantes de distintas procedencias, es un lugar de heterogeneidad a pesar de la selectividad social que estaría en la base. Se reconoce la construcción de un colectivo social de pares en el que la decisión familiar resulta diluida o no es transparente y en el que quedarían en primer plano las tímidas o firme decisiones vocacionales de los jóvenes. Pasaje de la escuela secundaria como prolongación de cierto orden endogámico a la universidad como lugar de una exogamia estatal: los estudiantes reconocen el impacto positivo de la convergencia de orígenes sociales distintos en la experiencia universitaria

II) Los estudiantes narran la experiencia subjetiva de la masividad de la universidad pública, como construcción histórica que conlleva en los primeros años modos impersonales o de despersonalización, experiencias de inaccesibilidad al otro (profesor) o de no intervención en las aulas. Si la masividad provoca sorpresa en una primera etapa, con el transcurso del tiempo se naturaliza y genera como resistencia procesos de individualización³⁷ del estudiante. Pareciera que lo que no actúa es la institución en una operación de reconocimiento del otro-estudiante y este no-reconocimiento provoca salidas individuales en las que entran a jugar lo que Bourdieu llamaba las “disposiciones heredadas”.

III) La relación con pares asume una importancia notoria, sociabilidad que toma forma en los primeros años a partir de acontecimientos azarosos, que crea lazos fraternos que permanecen y que de a poco va configurando figuras de amistad³⁸ que en muchos casos desplazan a vínculos anteriores, previos a la universidad. La productividad de la relación con los pares no es solo afectiva, sino que aporta a una construcción de identidades colectivas que atenúan las consecuencias de la distancia o ausencia o indiferencia institucional (profesoral) y que permiten crear estrategias de adaptación como respuestas al carácter conservador de las instituciones universitarias.

IV) La experiencia estudiantil implica en su transcurso el conocimiento de la ciudad y sus alrededores³⁹. La relación con pares y el trabajo colectivo instala el viaje, el desplazamiento, la reunión en lugares y barrios desconocidos, que genera aprendizajes sociales⁴⁰. La experiencia estudiantil en la Universidad de Buenos Aires es la experiencia de la ciudad y sus alrededores,

³⁶ El Censo del Estudiante del Año 2004 de la UBA destacó que el 55 % (más de la mitad de la población estudiantil de la Universidad) proviene de instituciones del sector privado, el 40 % de instituciones públicas, el 3,6 % de los colegios dependientes de la UBA y el 0,6 % de instituciones del exterior.

³⁷ Tomamos en este sentido las distinciones conceptuales que realiza Norbert Elías en *La sociedad de los individuos*. Barcelona, Península, 1990. Mientras la masividad puede pensarse como un proceso de integración estatal a una institución pública, que elimina las diferencias entre los individuos, la individualización del estudiante surge en buena medida como distanciamiento, como autorregulación personal, frente a la precariedad o insuficiencia de la integración estatal. .

³⁸ Nos extendimos en este tema en “Figuras de la amistad en tiempos de crisis. La universidad pública y la sociabilidad estudiantil” en Graciela Frigerio y Gabriela Diker (comps). *Educación: figuras y efectos del amor*. Buenos Aires, Del Estante Editorial. 2006. Planteamos allí que las figuras de amistad en la universidad oscilan entre la relación entre iguales (por posición de estudiantes o por compartir una creencia política, como es el caso de las agrupaciones) y la relación entre desiguales o “amistad asimétrica” en el sentido planteado por Friedrich Nietzsche.

³⁹ El Censo del Estudiante de la UBA del año 2004 señala que el 52,4 % de los estudiantes manifestó residir en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y que el 45,4 % manifestó residir en el Gran Buenos Aires, el 45,4 %.

⁴⁰ Los significados culturales y educativos del viaje son un tópico clásico de la historia cultural; es sugerente pensar también que el viaje y los desplazamientos por la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores de los estudiantes suponen un conjunto de aprendizajes en un ciclo de edad que transita de la adolescencia a la adultez.

de los barrios urbanos y del Gran Buenos Aires⁴¹. El relato de un día en la vida cotidiana estudiantil revela no solo largas jornadas, sino itinerarios urbanos que combinan estudios-trabajo-actividades publicas-consumos-etcétera.

V) La relación con los profesores se modula en la experiencia de la masividad, con riesgos de pérdida de la dimensión intersubjetiva del vínculo pedagógico. La identificación de los gestos del profesor (saludar) como gestos de reconocimiento del estudiante son valorados, como aquello que introduce una diferencia en el anonimato. Los profesores son a su vez un enigma, explorable a través de las nuevas tecnologías (buscador), portador de modelos de identidad o de rechazo. Entre la distancia jerárquica en la que prima el desconocimiento y la contingencia de las situaciones los vínculos de los estudiantes con los profesores se despliegan. Las diversas apreciaciones sobre las clases teóricas, aun admitiendo la crisis de ese dispositivo pedagógico y su carácter de puesta en escena, oscilan entre el reconocimiento de las “lecciones de maestros”⁴² y el aburrimiento.

Profesores que, como categoría social, son investidos y reconocidos por su saber, por esa distancia que se vincula con lo que no se posee, a la vez se los reconoce como cercanos. Aquella distancia desaparece en tanto la cuestión social (la crisis) los politiza, los coloca en un lugar de paridad. La política deja de ser un atributo juvenil para visualizarse en los relatos como consustancial a la enseñanza en la universidad pública.

VI) El tiempo, en tanto construcción social y subjetiva⁴³ en la experiencia estudiantil es un tiempo en muchos casos desorganizado por efecto de la propia lógica institucional, un tiempo institucional que parece desconocer el tiempo del estudiante, un tiempo escasamente libre, sin el ocio de los primeros años y autoregulado por la combinación de actividades laborales y de cursado. La familia aparece en los relatos como una presencia que en muchos casos sostiene ese tiempo excesivamente ocupado, desde formas de acompañamiento tradicionales (tener la comida lista cuando se llega muy tarde). Es un tiempo que en muchos casos no sólo contiene trabajo y estudio, sino actividades políticas o actividades sociales. Un tiempo que opera con distintos ritmos (vida familiar, laboral, estudiantil, etcétera).

VII) La universidad es en los primeros años un lugar en el que transcurre un tiempo vital, iniciático, para ser con los últimos años un lugar de paso, más extraño y menos cercano. Así es al principio un conjunto de espacios de experiencias (bares, pasillos, aulas, veredas, lugares cercanos, aulas). Con el tiempo y a medida en que el alargamiento de la carrera provoca un desfase respecto de la regularidad común, se acude a la universidad desde una experiencia menos colectiva y más atada al interés o necesidad individual y despojada de afectividad⁴⁴. Situación generada por la prolongación de los estudios, por el impacto del trabajo estudiantil en el alargamiento de las carreras, por el “envejecimiento educativo” como tendencia de la época.

VIII) Los estudiantes entrevistados comenzaron la universidad aproximadamente en el año 1997 y 1998. Hacia el año 2001 habían transitado buena parte de su carrera. Se recuerdan los acontecimientos de ese año por sus efectos directos o por ser catalizadores de situaciones de crisis familiares o personales. En algunos los hechos del 2001 fueron objeto de movilización propia o de pares, en otros son objeto de interpretación a través de los sentidos instituidos en la universidad sobre el fenómeno, y en otros simbolizó un cambio de situación social familiar o un corte en la continuidad de los estudios universitarios. Al mismo tiempo se reconoce a partir

⁴¹ Pedro Krotsch esboza una pregunta sugerente para la investigación que nos ocupa: “¿Qué vínculos se establecen entre la nueva cultura juvenil, la cultura urbana popular y la cultura institucional en crisis?”. En *Op. cit.*, 2002, página 40.

⁴² “El aura carismática del profesor inspirado, el romance del personaje en el acto pedagógico, persistirán indudablemente” sostiene George Steiner en su indagación de las lecciones de los profesores. En *Lecciones de maestros*. Madrid, Editorial Siruela, 2004, página 170.

⁴³ Exploramos este tópico en Sandra Carli. “Educación y temporalidad. Hacia una historia del presente”. Revista *Zigurat* n° 5. Carrera de Ciencias de la Comunicación. Facultad de Ciencias Sociales. Buenos Aires, diciembre de 2004.

⁴⁴ Cabe destacar el mayor peso del componente individual en esa sociabilidad de iguales que se plantea en los primeros años. Tomamos la noción de sociabilidad de Georg Simmel. *Sobre la individualidad y las formas sociales*. Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2002.

de entonces un cambio en la visión del país y un atravesamiento de la crisis en la propia universidad, sin separarse el adentro del afuera: la universidad como un observatorio más de la crisis argentina. La relativización del valor de la democracia y el abandono de cierta inocencia o esperanza estudiantil y el arribo a una adultez con todos los indicios de la responsabilidad personal y familiar en algunos casos, aparecen destacados. La crisis detona en algunos casos la prolongación de los estudios para pelear por el sostenimiento familiar. El título mismo resulta relativizado ante la urgencia laboral.

IX) El trabajo, en cuanto a su valor o a su necesidad, no solo se plantea como inevitable sino que el trabajo proyectado se imagina en muchos casos como autoengendrado. No se percibe una valoración estricta de los títulos, sea por su no-valor para ciertos trabajos, sea porque son un obstáculo para acceder a otros. Los estudios se alargan por esos motivos y también porque se considera necesario “generarse” en otros lugares antes de la salida definitiva de la universidad.

X) La mirada global sobre la experiencia universitaria inconclusa por parte de los estudiantes es objeto de sentimientos de ambivalencia, notoriamente valorada o desmistificada, recordada con alegría o con dolor, identificada en todos los casos como inaugural de otro ciclo personal, cuestionada por sus rasgos actuales, por la insatisfacción que produce –a pesar de todo– la salida de la universidad.